



Colocamos también aquí, aunque es de época incierta, á Juan de Estobi, de Macedonia, á quien podemos suponer pagano, porque entre tantos autores de quienes habló, no cita ninguno ó solo un autor cristiano. Para uso de su hijo Septimio había recogido lo mejor de cuantos libros había leído, con lo que hizo una *Antología de extractos, sentencias y preceptos*, obra preciosísima, si bien ha llegado hasta nosotros mutilada y desordenada. Cada capítulo de estas églogas tiene un título particular, bajo el cual se disponen los pasajes primero de los poetas, después de los historiadores, de los oradores, de los filósofos y de los médicos, sin más lazo entre sí que el que les presenta el asunto. Son más de quinientos los escritores á quienes extracta de este modo, y la mayor parte se han perdido; y principalmente nos conservó versos de los cómicos antiguos.

Vindanio Anatolino dió algunas reglas buenas de agricultura, mezcladas con supersticiones gentílicas. El último escritor latino de agricultura, Paladio Rutilio Tauro Emiliano, en catorce libros nos presenta extractos de los antiguos, especialmente de Columela, aunque es más exacto que éste al hablar de los árboles frutales y de los huertos: el último libro está escrito en versos elegiacos. Inocencio es autor de un *Arte de medir las tierras*.

Diofante de Alejandría, contemporáneo aca-so de Juliano, escribió una aritmética en trece libros, de seis de los cuales tenemos un compendio. Además de ponernos de manifiesto cuál era la condición de las ciencias exactas en el siglo IV, nos agrada esta obra por los métodos iluminosos con los cuales resuelve los problemas analíticos, ingeniosamente dispuestos. En ella pueden buscarse todavía las primeras tentativas de la ciencia que después se llamó ál-

gebra en honor del árabe Geber, á quien se atribuye su invención.

En el año 378, Pablo de Alejandría expuso en una introducción á la astrología los elementos de esta vana ciencia. Julio Firmico Materno, siciliano, no hace más que acumular en ocho libros de matemáticas, sueños astrológicos y artificios para sacar el horóscopo.

Las *colecciones matemáticas* de Pappo de Alejandría son extractos de muchas obras, y prueban sus muchos conocimientos. Su contemporáneo Teon, profesor en Alejandría, comentó á Euclides y á Tolomeo; y fué más famoso por su hermosa hija Hipatia. Aprendió ésta con su padre las matemáticas, y habiéndose perfeccionado en Atenas, fué invitada para que enseñase filosofía en Alejandría. Era partidaria de los eléctricos, apoyándose, sin embargo, en las ciencias exactas, é introduciendo sus demostraciones en las especulativas, con lo cual les dió un método más riguroso que nunca. El obispo Sinesio, su discípulo, la respetó siempre; Oreste, prefecto de Egipto, la amaba y la admiraba, y por sus consejos se gobernaba en la enemistad que entonces surgió con San Cirilo, fogoso arzobispo. Díjose que Orestes por afición á Hipatia, dada al paganismo, perjudicó á los cristianos; por lo cual algunos imprudentes enemistaron al pueblo con ella de tal modo, que un día al dirigirse á la escuela, la sacó de su carro, y después de haberla despojado y maltratado, la dió muerte, y arrojó sus miembros al fuego.

Los romanos tenían la guerra más por arte que por ciencia; el mismo César, á pesar de ser tan gran guerrero, no es de grande utilidad á los que estudian la estrategia. Después de él los ejércitos cambiaron de ciencia y de forma, y es preciso recurrir á nuevos autores. El platónico Onesandro, á quien ya hemos mencionado en la época precedente al compilar los preceptos esparcidos en los autores anteriores, es más bien filósofo y moral, por lo cual podemos estudiar en él la parte moral, y la observación del corazón humano aplicada á la guerra. El duque de Sajonia le alababa, y el emperador griego Leon el filósofo, al copiarlo sin citarlo, le alabó también. Coray, en 1822,

gebra en honor del árabe Geber, á quien se atribuye su invención.

gebra en honor del árabe Geber, á quien se atribuye su invención.

En el año 378, Pablo de Alejandría expuso en una introducción á la astrología los elementos de esta vana ciencia. Julio Firmico Materno, siciliano, no hace más que acumular en ocho libros de matemáticas, sueños astrológicos y artificios para sacar el horóscopo.

Las *colecciones matemáticas* de Pappo de Alejandría son extractos de muchas obras, y prueban sus muchos conocimientos. Su contemporáneo Teon, profesor en Alejandría, comentó á Euclides y á Tolomeo; y fué más famoso por su hermosa hija Hipatia. Aprendió ésta con su padre las matemáticas, y habiéndose perfeccionado en Atenas, fué invitada para que enseñase filosofía en Alejandría. Era partidaria de los eléctricos, apoyándose, sin embargo, en las ciencias exactas, é introduciendo sus demostraciones en las especulativas, con lo cual les dió un método más riguroso que nunca. El obispo Sinesio, su discípulo, la respetó siempre; Oreste, prefecto de Egipto, la amaba y la admiraba, y por sus consejos se gobernaba en la enemistad que entonces surgió con San Cirilo, fogoso arzobispo. Díjose que Orestes por afición á Hipatia, dada al paganismo, perjudicó á los cristianos; por lo cual algunos imprudentes enemistaron al pueblo con ella de tal modo, que un día al dirigirse á la escuela, la sacó de su carro, y después de haberla despojado y maltratado, la dió muerte, y arrojó sus miembros al fuego.

Los romanos tenían la guerra más por arte que por ciencia; el mismo César, á pesar de ser tan gran guerrero, no es de grande utilidad á los que estudian la estrategia. Después de él los ejércitos cambiaron de ciencia y de forma, y es preciso recurrir á nuevos autores. El platónico Onesandro, á quien ya hemos mencionado en la época precedente al compilar los preceptos esparcidos en los autores anteriores, es más bien filósofo y moral, por lo cual podemos estudiar en él la parte moral, y la observación del corazón humano aplicada á la guerra. El duque de Sajonia le alababa, y el emperador griego Leon el filósofo, al copiarlo sin citarlo, le alabó también. Coray, en 1822,



hizo en París una edición de su *Στρατηγικός λογος*, dedicándola á los griegos, que entonces combatían por la libertad. El generoso anciano, á quien deben su nación vivos consuelos y el mundo literario ediciones excelentes, decía en su prólogo: *No conozco más que una guerra necesaria y justa, la que se hace por la libertad. La libertad no tiene más que un arma, á la cual no hay nada que se resista, el desprecio de la muerte* (1).

(1) La importancia de la obra de Onesandro puede conocerse por el índice de ella que presentamos: De la elección del general; definición del prefecto general; del consejo general; de los motivos de la guerra (el autor demuestra que la justicia de los motivos por los cuales se emprende una guerra, contribuye á asegurar su buen éxito, porque anima á las tropas); de las exploraciones del ejército antes de entrar en campaña; de la marcha del ejército; de la marcha de las tropas á la deshilada; del atrincheramiento; del frecuente levantar las tiendas; del ejercicio de las tropas (en este capítulo se habla además de las vituallas, de los espías, de las centinelas nocturnas, del levantar las tiendas, de los encuentros, de los desertores, del reconocimiento del campo enemigo, del secreto y de la inspección de las entrañas de las víctimas antes del combate); de la persecución del enemigo y de las escuchas; del tiempo de las comidas; de la firmeza en las derrotas; en qué ocasión debe hacer sentir el general el temor á los enemigos en su ejército, y envolver á los soldados con la vista de los prisioneros; de los diversos órdenes de batalla en la disposición de la caballería; de la disposición de las tropas ligeras en un terreno de difícil acceso; de las distancias de las filas en la retirada de las tropas ligeras; de qué manera debe acometerse al enemigo, cuando faltan tropas ligeras y éste las tiene en abundancia; que no conviene extender en una gran línea la falange, á fin de que el enemigo no la acometa; que se deben tener de reserva tropas escogidas para sostener á los combatientes que estén cansados y que más padezcan, y conviene además tener dispuestas emboscadas; que es útil que en medio del combate anuncie el general á sus soldados buenas noticias, aun cuando fueren falsas; que se deben colocar en las filas á los amigos junto á los amigos y aquellos que se conocen; que el general debe dar la señal del combate y de cualquiera otra evolución militar no por sí mismo sino por medio de sus lugartenientes ú oficiales generales; que deben añadirse á la palabra señales militares; que los soldados no deben abandonar las filas, ya esté firme el ejército en su lugar, ya se retire; que debe poner atención el general á que su ejército marche en batalla en buen orden; que antes de la batalla debe el general formar su plan en correspondencia con el del enemigo, y señalar su puesto á todos los oficiales generales; que conviene tomar posiciones de difícil acceso si los enemigos son más fuertes en ca-

Higinio escribió de la castramentación, y sin embargo no es hombre de guerra. El tratado de Arriano de la *Táctica de los griegos*, es una de las obras más importantes del arte bélica, como también su *Historia de Alejandro y de la expedición contra los alanos*. Cuando en tiempo de Alejandro Severo se volvió á dar la preferencia al arte griego, Eliano escribió también de la *Táctica de los griegos*, con más extensión, pero no con más riquezas que Arriano, pues que sus adiciones son, ó formaciones y memorias inútiles é impracticables, ó teorías sin sentido, porque ignoraba el arte de las armas.

Ya hemos indicado como curiosas, y nada más, las *Estratagemas* de Polieno. Frontino, aunque mejor en la elección y en la disposición del asunto, estuvo muy lejos de proponerse presentar un sistema científico de la guerra; sin embargo, conociéndola, juzgó los hechos con buen sentido, se eleva de las observaciones particulares á las generales, clasifica los ardidés, que á veces son absurdos, y que sin relación á ningún tiempo ó nación no presenta la fisonomía de ninguna época. Juliano Africano, en los *Cestos*, da noticias militares, inútiles en cuanto se refieren á tiempos

ballería; que el general no debe hacer nada para buscar el peligro, y que no debe combatir en persona en la batalla; de las recompensas; del saqueo; de los prisioneros de guerra; de la sepultura de los que quedan muertos en la batalla y de la manera con que conviene reparar las derrotas; de las precauciones que deben tomarse durante la paz; de las maneras de tratar á las ciudades vencidas, y de portarse con los traidores; de las sorpresas de noche, y que para estar seguro del éxito no es necesario que el general conozca el curso de los astros; del modo de tomar una ciudad de día; de los asedios y de las emboscadas ante las puertas de una ciudad sitiada.—Al fin de la obra se tratan los siguientes asuntos: el temor es un falso adivino; el general debe animar á los soldados con el ejemplo; de las máquinas guerreras para el asalto de una ciudad; cómo se puede continuar un asalto con esfuerzos redoblados; del reposo del general; los puntos que los sitiados suelen mirar como inaccesibles suelen servir muchas veces á los sitiadores; del oficio de las trompetas en un asalto; de lo que el general debe hacer cuando tome al asalto una plaza; cuando se quiera tomar una ciudad por hambre, deben enviarse á ella todos los prisioneros de débil complexión; por último, de lo que debe hacer el general después de la victoria.



anteriores á los suyos, buenas en cuanto á su época, á ser cierto que tuvo parte en los proyectos y en el armamento de Alejandro Severo contra los persas.

El primero que trató dogmáticamente de la ciencia militar, fué Flavio Vegecio Renato, que dedicó á Valentiniano II un *Epítome institutionum rei militaris*, sacado de varios autores que entonces existían, acerca de la estrategia por tierra y por mar y de los decretos de Augusto, Trajano y Adriano, «para que los instructores de los jóvenes soldados con el ejemplo y la imitación de las antiguas virtudes pudiesen restaurar el honor de la milicia romana débil y decaída.»

Adriano, conociendo que la antigua legión se acomodaba mal con el nuevo género de guerra, recurrió al expediente trivial de escoger los más valientes y disciplinados, y formar con ellos una cohorte de mil hombres, como si lo que no es bueno se pudiera hacer tal con fraccionarlo. Probablemente se colocaría ésta á la cabeza de la legión, y detras de ella las otras nueve cohortes, dispuestas en tres líneas, lo cual facilitaba el modo de formar el batallón cuadrado (*cuadratum agmen*) de grande uso en las guerras de aquel tiempo contra la caballería, alma de los ejércitos de los partos y de los árabes (1). Pero Vegecio se lamenta ya de que la legión no subsistiese sino en el nombre; y en efecto, ya hemos visto que se reclutaba con trabajo, que tenían que concedérsele cuarteles deliciosos, aligerárseles las armas, y por último reforzarla con extranjerías; sin embargo, dice Vegecio que se dejaban matar, no como hombres, sino como brutos, ántes que llevar armas de buena defensa.

Julio Africano, despues de deplorar la negligencia de los soldados de su tiempo en las armas defensivas, continúa: «Si se pensase en proteger á los guerreros con corazas y yelmos á la griega; si se les diesen largas lanzas; si se

(1) Urbicio, enseñando al emperador Anastasio cómo debía defender á la infantería de la caballería, dice que á cada ángulo del cuadro se pongan caballos que lleven máquinas que él llama *cañones*, y eran unos maderos puestos sobre un eje y provistos de hierro agudo que se hincaban en tierra. En una palabra, caballos de frisa.

ejercitasen en asestar con más tino el venablo y á combatir cada uno por sí mismo, y cuando ocurriese arrojarse sobre el enemigo, corriesen con toda su fuerza hasta estar á tiro de dardo, podría asegurarse que los bárbaros no resistirían.»

Tales fueron precisamente las modificaciones que se adoptaron en tiempo de Alejandro Severo, el cual con soldados armados de esta manera formó una gran falange de seis legiones, más numerosa aún que lo había sido la griega.

Pero ya sobreponía la astucia á la fuerza, y Julio mismo emplea una buena parte de su obra tratando de los modos de matar al enemigo sin combatir, y son envenenar las aguas, los alimentos y hasta el aire; espantar los caballos y preparar al enemigo las asechanzas que la primitiva virtud romana había aborrecido. Sugiere despues medios para arrastrar con intrepidez ya el ataque de los enemigos, ya el hierro del cirujano; para este objeto es afortunado el que encuentra una piedra en el estómago de un gallo y la lleve consigo á los combates; como también aconseja que se tenga propicio al dios Pan, inspirador del terror pánico, y poderosísimo para dar y quitar el valor.

Habiéndose cambiado la constitución política, y ascendiendo á las dignidades militares en fuerza de servicios á príncipes de fausto asiático, se menoscabó la afición á la milicia, y tuvieron que llenarse las legiones de bárbaros, y suministrarlas, ó mejor dicho, atestarlas de máquinas. Estas eran grandes cabrestantes, uno de los cuales despedía dardos por una ballesta montada con palanca, y otro piedras ó balas de plomo y de hierro, con separarse una pelota pequeña que las detenía (1). Cuando se empezaron á tener máquinas por cada legión, los campamentos en las fronteras parecían fortalezas; despues se dispuso que fuesen con todo el ejército, y en tiempo de Vegecio «cada centuria estaba provista de una balista colocada

(1) Napoleon tuvo la curiosidad de hacer la prueba de estas máquinas en París, y vió que su efecto era más mezquino de lo que haber podido figurarse. Sin embargo, el padre Daniel en la *Histoire de la milice française* había sostenido que eran superiores á la artillería.



«sobre carros de ruedas, tirados por mulas, y servida cada una por una sección de once soldados.» Cada legión contaba, pues, cincuenta y cinco de estas máquinas pequeñas, y diez grandes por cohorte; con esto debieron hacerse ménos expeditas las evoluciones y las marchas.

Vegecio (*De re militari*) expone su doctrina con método sencillo y adecuado, que él mismo tomó de Jenofonte; pone por fundamento de su obra que el arte vale más que la naturaleza, y que por el ejercicio y las instituciones habían alcanzado los romanos una superioridad que la naturaleza no les había dado: «No vencían en número á los galos, en agilidad á los españoles, en fuerza á los germanos, en ardidés á los africanos, en riqueza á los asiáticos, en ciencia á los griegos; pero sabían mejor que todos escoger buenos soldados, enseñarles el arte de la guerra por principios, robustecerlos con ejercicios diarios; sabían prever cuanto puede hacer falta en las diversas clases de combates, de marchas, de campamentos; sabían castigar á los cobardes y premiar á los valientes. Estas partes en la ciencia militar aumentan el valor; ninguno teme practicar lo que ha aprendido bien, por cuya razón un puñado de hombres diestros y disciplinados supera á un ejército más numeroso, pero de menor disciplina y ejercicio, que se ve expuesto á las derrotas más desastrosas.» La perfección del arte, segun Vegecio, consiste en escoger bien los soldados, adiestrarlos, formarlos, animarlos, ofrecerles recompensas, estimularlos y hacerles temer el castigo; dándoles sobre todo saludable alimento que conserve y aumente las fuerzas físicas. Despues enumera varias particularidades de los diversos ejercicios en la centuria, en la cohorte, en la escuadra y en el individuo.

En el libro II se eleva á la organización superior de los ejércitos, y á la manera con que se ligaba á su bandera al soldado que ya no era voluntario. Aquí se ve que se les hacía jurar por Dios, por Cristo, por el Espíritu Santo y por la majestad del emperador, que harían de buena gana cuanto les fuese mandado por éste, y no discutir, é inmolar su vida por el imperio. También en el ejército se había introducido la interminable jerarquía, que con tí-

tulos honoríficos afirmaba la servidumbre, y debía hacer al soldado litigioso é inquieto para ascender de uno á otro de aquellos grados, que no pocas veces se distinguían sólo en el nombre.

En el libro III trata Vegecio del modo de formar los ejércitos y de conservarlos sanos y con buenos ánimos, de las cualidades del capitán, del mantenimiento de la disciplina, y de las diversas señales, además de las disposiciones segun el terreno, el paso de los ríos y los fenómenos naturales. En el IV habla de las fortificaciones; en el V de la marina, puntos que han cambiado tanto hoy que no tienen interés las reglas antiguas.

La cohorte en su tiempo era diferente de la de Adriano, componiéndose de dos líneas: la primera de una fila de soldados pesados, y de otra de arqueros cubiertos de hierro, con lanzas y jabalinas; seguían dos filas de vélites ó soldados á la ligera; despues una fila de máquinas de asañear, entre las cuales iban los ballesteros y honderos y reclutas que no sabían manejar las armas, y juntamente los *addictos*, destinados á proteger por la espalda las máquinas. Detras de todos estaban los triarios formando la reserva.

Siete órdenes de batalla reconoce Vegecio. En el 1.º el ejército conserva la primitiva simetría y está paralelo al enemigo; disposición sin arte ni cálculo posible cuando se quiera atacar todos los puntos de la línea opuesta. De este modo de acometerse dos ejércitos en toda longitud de la línea debe seguirse gran mortandad, si uno de ellos, más numeroso ó más valiente, no envuelve al otro por todas partes, terminando de golpe la lucha. Pero aun cuando uno se crea superior, evita este orden de batalla, que obliga á hacer una marcha general de frente, siempre difícilísima, aun en país llano.

El 2.º es colocar á la derecha las mejores tropas y acometer con ellas, teniendo la izquierda momentáneamente fuera de tiro.

El 3.º hacer lo mismo con la izquierda; ataque más débil, porque ésta queda más descubierta, atendido el uso de los escudos.

En el 4.º atacan las dos alas vivamente, y



al mismo tiempo que las del enemigo, y el centro permanece detras, lo cual forma unas tenazas.

El 5.º no difiere del precedente más que en la manera de disponer las tropas ligeras de modo que cubran el centro mientras las alas atacan.

El 6.º, al cual recurrieron los grandes generales cuando no tenían confianza en el valor ni en el número de las tropas, consiste en atacar con la derecha la izquierda del enemigo, mientras lo restante del ejército se dispone en forma de asador ó sea de una Z.

El 7.º es el saber aprovechar una posición desde la cual se pueda resistir á tropas más valientes y numerosas.

Ya conocerá el lector lo mal determinadas que están estas distinciones.

La parte mejor de Vegecio son los consejos y las máximas generales que contienen principios seguros, que todavía no han perdido su utilidad. Véanse algunos:

«Cuanto más se haya ejercitado y disciplinado al guerrero en los cuarteles, ménos peligro se correrá en el campo.

«No se dispongan nunca en batalla ordenada tropas cuyo valor no se haya experimentado en escaramuzas.

«Procúrese reducir al enemigo por hambre, por miedo, por sorpresa, más que con batallas, porque en éstas el éxito pende de la fortuna.

«Quitense al enemigo el mayor número de hombres que se pueda, y recíbanse bien todos los que se vengan á vuestro campo; porque ganaréis más con tener los hombres con vosotros que con matarlos.

«Después de una batalla fortifíquese los puestos antes de dispersar el ejército.

«El mejor plan es el que está oculto para el enemigo.

«Aprovechar la ocasión es un arte en la guerra más útil que el valor.

«El ejército adquiere fuerza en el ejercicio y la pierde en la inacción.

«No lleveis á vuestros soldados á una batalla ordenada, si no puede prometerse la victoria.

«El que juzga rectamente de sus propias

fuerzas y de las contrarias, rara vez sucumbe.

«El valor prevalece sobre el número; una posición ventajosa prevalece algunas veces sobre el valor.

«Maniobras siempre nuevas hacen temible á un general, una conducta demasiado uniforme lo hace despreciable.

«El que deja que se dispersen los suyos persiguiendo á los fugitivos, quiere perder la victoria.

«Segun que seáis fuertes en caballería ó infantería, buscad un terreno favorable á esta ó á aquella arma; y el impulso mayor parta de aquella en que tengáis más confianza.

«Deliberad con muchos lo que conviene hacer en general; decidid con muy pocos ó solo lo que debéis hacer en cada caso particular.

«Los grandes generales nunca dan batallas, sino en una ocasión favorable ó por necesidad.

«Más ciencia se necesita para reducir al enemigo por hambre que por el hierro.

Tiene también otra obra *De rebus bellicis*, dedicada á Teodosio II, que contiene muchas noticias relativas á la hacienda.

Apénas puede llamarse ciencia la medicina de entonces, perdida en una multitud de encantamientos, fórmulas órficas y pitagóricas y figuras cabalísticas. Sexto Plácito Papiriense, que escribió un indigesto libro de recetas de medicamentos animales, y aun de las partes más asquerosas, enseña á curar las cuartanas llevando encima un corazón de liebre; á prevenir los cólicos comiendo un perro cocido apénas acabe de nacer, ó sentándose cuando ataquen en una silla diciendo: *Per te diacholon, diacholon, diacholon*. Añade, que el que coma tres violetas está libre de enfermedad todo el año; y que para curar la fiebre aguda hay que cortar un pedazo de la puerta por donde haya pasado un loco, diciendo: *Tolle te ut ille N febribus liberetur*.

Marcelo de Sida en Panfilia dejó un poema en exámetros sobre la licantropía, y otros sobre los medicamentos sacados de los peces. Sereno Sammónico, padre é hijo, escribieron



también de la medicina en verso. Vindiciano, conde de los archiatro de Valentiniano I, adquirió gran renombre, pero no nos queda de él más que una carta con que encabeza la obra de Marcelo Empírico de Burdeos, médico de Teodosio. Este reunió las recetas *físicas y filatélicas* para que sus hijos pudiesen ejercer con ellas la caridad; pero tan buena intención no compensa lo absurdo de la obra (1). Prescribe los días en que han de prepararse las medicinas, las oraciones que deben decirse al principio del año y al primer canto de las golondrinas, y cómo debe usarse el *rhamnus spina Christi*, de milagrosas propiedades, porque fué instrumento de la pasión del Redentor.

Oribase, médico de Juliano y consejero de sus supersticiones, hizo á instigación de éste, extractos de obras antiguas; pero lo poco que de él nos queda no añade nada á cuanto se sabía. Por lo demás, discurre con acierto sobre los ejercicios del cuerpo, comunes entre los antiguos, y sobre la educación física que debe darse á los niños; recomendando, lo que nunca se repetirá demasiado, que se vigore el cuerpo antes de cultivar el espíritu, y que se deje

(1) Al que le entre en el ojo un cuerpo extraño, debe tocarle diciendo tres veces: «Tetune resonco bregan gresso,» escupiendo cada vez que se repite, ó bien: «In monder comarcos axatison.» Para el orzuelo en el ojo derecho, debe tocarse éste con tres dedos de la mano izquierda, escupiendo, y diciendo tres veces: «Nec mula parit, lec lapis lanam fert, nec huic morbo caput crescat, aut si creverit tabescat.» Para el panadizo se debe tocar tres veces la pared, diciendo: «Pu, pu, pu; numquam ego te videam; per parietem reperi.» Para el cólico dígame tres veces: «Stolpus à celo cedit; hunc morbum pastores invenerunt, sine manibus collegerunt, sine igne coxerunt, sine dentibus comederunt,» ó bien se deben grabar en una lámina de oro con estos caracteres:

α	*	M	Θ	R	J	A
α	*	M	Θ	R	J	A
α	*	M	Θ	R	J	A

á éste en reposo hasta los siete años, entregándole entonces á los maestros, pero sin enseñarle gramática ni geometría hasta los catorce; después se debe no dejarle en reposo para que no se despierte precoz en él el estímulo del amor.

Tenemos también de aquel tiempo una introducción á la anatomía, modelada, pero no calcada sobre Aristóteles. En un escrito de Nemesio, obispo de Emesa, sobre la naturaleza del hombre, se pretende hallar indicada la circulación de la sangre, donde quizá no habla más que de unión general entre las arterias, las venas y los nervios.

Celio Aureliano de Sicca en Numidia, que vivió en el siglo III, escribió un libro sobre los males crónicos, y otro sobre las enfermedades agudas, sacados de los autores griegos, de tosco estilo, pero preciosos, porque nos dan á conocer la medicina metódica, y por el mucho cuidado con que tratan el diagnóstico.

En tiempo de Teodosio II, Teodoro Prisciano escribió en latín y en griego un *Emporiston* de las enfermedades fáciles de curar, el *Logicus* sobre los indicios de los males crónicos y agudos; el *Ginecion* sobre las enfermedades de las mujeres, y un *Physicorum liber*, experimentos de física.

Un Tal Vegecio trató de la veterinaria (*mulo-medicina*), y Gargilio Marcial, sobre los males de los bueyes, discurrendo sobre toda la economía rústica. Con el título de *Medicina pliniana* hay un libro, que sin razón se atribuye á C. Plinio Valeriano.

Después de Constantino hubo archiatros palatinos, honrados con frecuencia con el título de condes del primer orden, y desde el siglo V equiparados con los duques ó vicarios. Valentiniano II mandó que cada uno de los catorce barrios de Roma tuviese un médico, elegido entre otros siete.